



MANUEL FRANCISCO REINA

LA
EMPERATRIZ
AMARGA

«Manuel Francisco Reina es una nueva y restallante estrella en el firmamento literario español.»

José Antonio Zarzalejos

La Emperatriz amarga



La Emperatriz amarga

Manuel Francisco Reina

Rocaeditorial

© 2009, Manuel Francisco Reina

Primera edición: abril de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-102-8
Depósito legal: M. 7.586-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Helena Reina Medina,
a la que la vida no ha hecho ni triste ni amarga,
sino persistir en la alegría.

Me arrastra —otra vez— Eros, que desmaya los miembros, dulce animal amargo que repta irresistible.

Safo

Allí donde el dolor se hunde más hiriente siempre que, infatigables, los Amores clavan en las entrañas su tormento.

Apolonio de Rodas

Escuchad mis quejas que el sufrimiento, ¡ay!, arranca de lo más profundo de las médulas de su cuerpo a una mujer carente de todo, irritada, loca de un ciego furor. Demasiadas razones tengo para que broten de lo más profundo de mi corazón; no permitáis pues que mi infortunio quede sin venganza,

Catulo

—**N**o hay nada más duro que el corazón de una mujer traicionada —dijo la Emperatriz Sabina con la mirada perdida, como quien divisa a lo lejos el aleteo de una divinidad antigua y terrible—. Quizá algún día las mujeres podamos mirar a los ojos a los hombres sin tenerles miedo —musitó con tristeza—, sin sufrir las consecuencias de su incomprensión. Me temo, lamentablemente, que ese día no ha llegado aún, ni llegará pronto. Para mí, sin embargo, esta noche terminará su yugo y podré descansar de la marmórea carga de haber sido sólo un símbolo, una efigie para ser esculpida y adorada, para ofrecer el reverso femenino de una moneda o, lo que es lo mismo, para servir de trueque en un juego de poder en el que todo se me consentía salvo sentir. Salvo ser humana y conducirme según las pasiones y sentimientos de cualquier criatura viva.

La Emperatriz, mi vieja amiga, sentenció igual que si se quitase un enorme peso invisible de encima, mientras acariciaba el borde de la copa dorada cuyo contenido yo no conocía sino como un presentimiento que atenazaba mis palabras. A su lado, en la pequeña mesa estucada con preciosas piedras y maderas de olor, había, junto a la delicada jarra de vino, un pequeño y casi minúsculo objeto de vidrio oscuro que había sido abierto y vaciado. Observé en la misma mesa unas flores enormes y blancas de datura, de intenso olor dulzón, entreveradas con unos largos tallos verdes de flores también blancas, como las silvestres que nacen en las riberas de los ríos, y las hechiceras utilizan para sus pócimas y tósigos. Sabina sabía mucho de aquellas plantas. Una vieja matrona la había iniciado en el poder y propiedades del mundo vegetal desde que era una chi-

quilla. Tanto era así que, yo, como ellas, conocía bien que la mezcla de aquellas dos esencias vegetales producía un dormir profundo y sin regreso. Permanecí en silencio, respetuosa ante esa mujer soberbia, incluso en su derrota, que miraba al fondo de la noche, tras el celaje de las ramas y las flores perfumadas de los jardines, taciturna, como si atisbara un lugar más allá de a dónde alcanzan los ojos. Notaba mi presencia, a quien había llamado en medio de la noche, para mi sorpresa, cuando ya estaba cercana al sueño, como un viajero que estuviese al pie del río del olvido, a punto de olvidarse de sí y de la vida. Su marido, el Emperador Adriano, había permanecido allí hasta unos momentos antes de que yo fuese requerida, con un oscuro cometido que aún no era capaz de adivinar.

14

Al adentrarme en las estancias privadas de mi amiga, observé cómo alrededor del palacio y dentro de él, el número de Guardias pretorianos del Emperador, presentes como custodia y defensa de la Emperatriz y, sobretodo, de su esposo, había sido aumentada sin lógica aparente, como si un grave peligro la acechara, o una vigilancia extrema hubiese sido decretada contra ella. Todas las puertas de la casa, los accesos a las estancias de los sirvientes y esclavos, hasta los muros más altos estaban bajo la fuerte vigilancia de este cuerpo militar al servicio personal del Emperador y habían sido retirados sus más íntimos, a excepción de un solo y viejo criado fiel, desde los días de Hispania. Nada parecía amenazar la integridad del matrimonio imperial por aquellos meses, a pesar de las asechanzas de los políticos en los foros y el Senado, y hacía mucho que los esposos no compartían ni la cotidianidad de la casa ni del lecho, pero una poeta puede ser la criatura más ajena a las conjuras del poder y sus protagonistas. Tanta dramaturgia se me antojaba como si los dioses enturbiasen mi intuición y entendimientos, habitualmente avezados en la comprensión de los corazones humanos, y más en el de una persona tan íntima y cercana como mi querida Sabina.

Según supe luego y por boca de mi propia amiga, los cónyuges habían tenido una larga conversación entre las silenciosas paredes del palacio. Se habían sincerado como quizá nunca lo habían hecho en cerca de cincuenta años, soltando sobre el otro, con la determinación de la edad, el cansancio de

la vida, y la certeza de que éstas llegaban a su fin, todo el sufrimiento y la incomprensión compartida; como si hablasen más por los labios de la herida que por los suyos propios. Cuando el poder y el odio se encuentran en el mismo camino, y se les obliga a convivir contra su voluntad, juntos, el remordimiento y la amargura son la única forma de seguir adelante. Cuando uno es casado contra su voluntad con una persona, como le sucedió a Sabina con su marido Adriano, sin que el amor o el respeto medien, toda la rabia y el odio se vierten contra él como el gladiador que descarga todos sus golpes contra el muñeco de madera contra el que se entrena. La única salvedad es que una persona es más vulnerable que un tronco inerte, y hay muchas maneras de herirlo, mortalmente, sin tocarlo, como he sabido con la experiencia y el transcurso de mi existencia y la de los otros, que a menudo me hicieron partícipes de ellas.

Todo quedó aclarado en ese duro diálogo sin mascaradas, hasta el dolor más profundo, las verdades más inconfesables que los convirtiera, al casarse, en enemigos feroces y, sin embargo, cómplices de un crimen monstruoso que se esclareció de pronto, con toda la pesadumbre para ambos esposos de la culpabilidad y su condena. Toda su vida, con todas las desdichas que se habían causado el uno al otro, los encadenaban en realidad para siempre, más allá de la muerte, más allá de las regiones del tiempo y su consciencia. Adriano, con sesenta y un años, arrastraba una enfermedad largamente tratada por sus eficientes médicos griegos, que habían llegado más allá de lo que la medicina concede. Sabía que no le quedaba demasiado tiempo de vida, aquejado del llamado mal negro, una enfermedad que devora las entrañas con voracidad y dolorosas punzadas, y quería dejar resueltos los terribles e incógnitos capítulos de su existencia. Su esposa, y la sangre inocente que manchaba sus siempre limpias y hermosas manos, era uno de aquellos capítulos pendientes. Una esposa que había antepuesto su felicidad al deber familiar, a la lealtad a un nombre y su pervivencia en el difícil intrincado del poder y las familias patricias de Roma, aún cuando detestaba a su primo y cónyuge mucho antes de tener memoria, antes aún de tener motivos para odiarlo, como si los dioses la hubieran prevenido de aquel feroz ene-

migo íntimo con el que la desposarían por honor y política, que no por su deseo o dicha. La sentencia por aquella abominación de sangre, por aquella inocente víctima propiciatoria que la Emperatriz se había cobrado como única desmesura, como ex-voto a su infelicidad, convirtiéndola en culpable de ser como aquel a quien odiaba, había sido explicitada mucho más claramente de lo que yo podría haber imaginado, y así la oí de labios de la propia Sabina:

—El Emperador Adriano, mi esposo, me ha condenado a muerte hace sólo unos instantes —pronunció como si no hubiera en aquella sentencia importancia alguna. Como si en verdad la hubiera estado esperando mucho tiempo y en realidad le aliviase su confirmación—. Antes de que mañana el sol alcance su máxima altura habré de estar muerta de la manera que yo elija y sin moratoria alguna —añadió, con el desapasionamiento de un trozo de piedra, si esta pudiera expresarse por los labios fríos de una estatua, mientras que aquella pedrada me llegaba a mí, aún aturdida por el sueño, al fondo del alma, suscitando ondas de incógnitas, como las que un guijarro produce en un estanque.

16

—¿Pero cómo es eso posible, mi señora? ¿Qué locura ha tomado esta casa y a su dueño para que se atreva a juzgarte y ponerte la sentencia en una sola noche? ¡Debéis escapar, dueña mía! ¡Huir lejos de aquí hasta que la cordura recupere su sitio, y vuestros familiares y amigos intercedan por ti —me atreví a exclamar, inconsciente de que aquello podría ser una declaración de culpabilidad por insolencia o complicidad, por traición o rebeldía, una condena a muerte también para mí que no era capaz de comprender aquella desmesura—. ¿Acaso estas malditas flores blancas, que las hechiceras usan para provocar sueños terribles y visiones, han nublado el juicio de nuestro Emperador y el vuestro? —y recuerdo que di un manotazo a aquel jarrón de flores tenebrosas a pesar de su blancura, con gran estrépito del cristal rompiéndose contra el suelo, en una manifiesta rebeldía cómplice con mi desdichada amiga la Emperatriz, que no tardó en ordenarme silencio y discreción, con su regia estatura natural, y nunca buscada, innata la grandeza en

ella como en el cincelado de los dioses en los templos y sus gestos detenidos.

—¡Calla, alocada amiga! No quiero llevar también en mi conciencia la certeza de haber causado tu desgracia —me contestó saliendo del letargo de su trance, y poniendo dos de sus dedos sobre mis labios. —No importa. Este es el final de una historia que estaba escrita en el aire mucho antes de nacer nosotras. Que he oído susurrada en labios intangibles décadas antes de entender lo que decían. Déjame que al menos aligere mi espíritu, en esta noche oscura y llena de espectros y sombras. Déjame que pueda contarte por qué todo ha sido tan difícil. Tan doloroso el camino de esta mujer a la que llamas tu señora, y que nunca fue más que señora de su sufrimiento. Permíteme que tu amistad y tu talento salvaguarden mi memoria para que el viento no la arrastre como un eco más. Pon tú palabras en ese hueco de la historia que otros llenarán de olvido o indiferencia. Esculpe tú mi figura en esa historia que antepondrá el glorioso nombre de mi esposo Emperador como si el resto no fuésemos más que adornos de su existencia, meros garabatos sobre las tablillas o papiros donde se contarán sus hazañas, prescindiendo del resto que las hemos sostenido, incluso contra nuestra voluntad, como sostiene la tierra las teselas de los grandes mosaicos, o las urdimbres escondidas de hilos los dibujos de los tapices...

17

Sus razones acallaron las mías, y me recordaron que, muy cerca de estas estancias palaciegas de la colina del Palatino romano, donde desde tiempo inmemorial habían vivido las nobles familias de la ciudad, sus patricios y gobernantes, hacía poco que se había abierto la puerta del mundo. Un templete sencillo de mármol rodeaba ahora el lugar, este puente hondo con el más allá, entre las moradas de los grandes hombres de la urbe y el populoso Capitolio, así como en la cercanía del intimidador Titán Saturno, que poseía allí sus altares imperiales. Un diminuto templo circular entre la suntuosidad gigantesca de los grandes templos, la Curia y el Senado, y los palacios de los ricos y poderosos prohombres de Roma que competían entre sí con la ostentación de los lujos de sus casas. En realidad se trataba tan sólo de una antigua losa marmórea, venerada y vigilada con respeto y cuidado por los sacerdotes más huraños de la capital,

con el cometido de celar porque el paso al inframundo, el lugar en donde se había fundado la ciudad, arrojando las ofrendas de sangre, vino y grano a la tierra, y sus moradores más oscuros, sólo fuese entornada con la sagrada cautela de sus conocimientos ancestrales. Con la ceremonialidad de sus parafernalias religiosas, tres veces al año se abrían estas puertas: en agosto, en honor de Hades; en octubre, en la conmemoración de su secuestrada esposa infernal, Proserpina y, ahora, en el mes de noviembre, en la festividad en cuya víspera oscura estábamos, en la que se veneraba a los difuntos, y estos, por medio de esa escala al mundo tangible, podían traer mensajes o cumplir con asuntos pendientes e interrumpidos por la muerte. Se me antojaba azaroso que en esta noche, tan dada a las preguntas de los hechiceros a los seres de sombra, y de apariciones, mi señora me llamase con tanta premura y nocturnidad con una misión misteriosa. Esta noche marcada, en la que ellos, los cónyuges imperiales, Adriano y Sabina, como los esposos del reino de los muertos, Plutón y Perséfone, ajustaban también sus propias cuentas con la vida y con la posteridad. En cierto modo, también Sabina fue raptada en sus días más tiernos y desposada con el futuro dios vivo de Roma, obligada a llevar una vida infernal, en la sombra, para hacer honor a sus antepasados con la condena al infierno cotidiano de su matrimonio y amarguras.

18

Al levantar la losa los sacerdotes, y entre desconocidos ensalmos que algunos achacaban a épocas anteriores a la fundación de la ciudad, a los días de los Príncipes etruscos, podía leerse: «*el mundo está abierto*». Toda actividad pública se prohibía, desde tiempo inmemorial, ya que desde este sitio, el ombligo de la ciudad, que era el del mundo, el lugar donde la ciudad se unía umbilicalmente con la tierra y sus raíces más innombrables, no sólo ascendían los manes, los espectros familiares, sino también los Lémures, los Larvas, y toda clase de demonios o espectros atormentados que venían a causar mal o a castigar a los vivos. Esta misma noche supe que, para los esposos, las puertas del sufrimiento se habían abierto desde el día de su boda, y que quizá esta noche, los fantasmas del pasado venían a cobrarse un diezmo en sangre ya sin más aplazamientos ni prerrogativas. Venían a llevarse sus espíritus y sus cuerpos, además de sus confesiones.

Sabina rozaba el borde de la copa cuidadosa y repetidamente, como quien conjura un espíritu o reitera un ritual antiguo y en desuso, como si abriera o cerrase las puertas de su propio infierno en la copa y su contenido líquido, mientras volvía de hito en hito su mirada hacía mí para abrirme su corazón, tan reservado casi siempre, de una forma desnuda, descarnada. En todos estos años, había aprendido a quererla a pesar de sus silencios y distancias. A pesar de sus muros invisibles y la aparente frialdad con la que le habían enseñado a comportarse y tras la que ella se escudaba como un soldado tras su coraza de una violencia inmóvil. Su naturaleza sólo era una fiera doblegada con esfuerzo diario. En su interior se producían cataclismos, que a veces salían a la superficie de manera violenta, como los fenómenos que acaban con ciudades en sólo un día por designio de los dioses. A menudo, me planteaba si la conocía de verdad, o era una más de sus cómodas e incondicionales acompañantes, parte del séquito hispano del que se rodeaba como una seña de identidad y un refugio vivo de sus raíces familiares. No se me escapaba que la Emperatriz encontraba el consuelo de sus seres más queridos en aquella manera de entonar el latín de los hispanos, en especial del sur de la Bética, y que por aquella razón se prodigó en proteger a los músicos bailarinas y poetas que proveníamos de allí, como una especie de conjuro contra su atormentada existencia.

19

Me resultaba difícil saber si me apreciaba o si confiaba en mí, de no ser porque sus hechos hablaban por ella más que sus palabras, que sus manifestaciones de afecto explícitas. Lo cierto es que podía haber llamado a su hermana pequeña, a Matidia, consagrada desde hacía mucho a los fuegos virginales de la diosa Vesta, cuyo templo y casa sacerdotal se hallaban muy cerca, pero me había elegido a mí para descargar su conciencia, como si yo perteneciera a su familia tanto o más que la que llevaba su misma sangre. Me había designado a mí, Julia Balbila, una poeta, como a su testigo más importante y guardián de su memoria. Lo que me contó fue mucho más de lo que hubiera confesado una hermana a otra, o una hija a su madre, más propio de la intimidad amorosa que de la fidelidad de dos amigas. Tal vez algunas amistades poseen esa inmaculada naturaleza limpia y absolutoria de la fe en el otro y su proceder honesto.

Más de una vez llegué a creer que Sabina tenía una doble vida, una interior y otra exterior, quizá como todos, pero lo que me contó aquella noche demostró hasta qué punto depositaba su amistad en mí, como si me entregara su testamento; de qué modo sus secretos eran un testimonio demasiado doloroso para exponerlo a los ojos de los demás. Recuerdo que esa madrugada, mientras las constelaciones dibujaban líneas de aspectos invisibles entre sus formas brillantes, como si tejiesen un tapiz oscuro para los hombres, ella continuó con aquel tono de voz sereno y un tanto desvaído, como el olor de aquellas flores carnosas, de olor dulzón y cuyo nombre nunca era capaz de recordar, que nacían húmedas, igual que si estuviesen preñadas de lágrimas al borde de los estanques en oriente, y me susurró:

—Desearía decir que he vivido como quise pero mentiría. No viví según mi voluntad sino la de otros. Hasta cuando creía que me cobraba en sangre la venganza por todas mis desdichas, no estaba sino moviéndome según los dictados de otros; repitiendo miméticamente comportamientos ajenos, con la perfecta ejecución de un histrión vacuo —aseveró con una media sonrisa irónica más en su mirada que en su boca—. Algunos de los que creí mis amigos se sirvieron de mí para causar sufrimiento. Un sufrimiento que yo deseé y propicié hasta la muerte del más inocente, como si esto pudiera haberme liberado de mi dolor...

—No digáis eso, Sabina —le interpelé—. Tú no serías capaz de hacer daño a nadie —pero cortó mi frase al vuelo, antes de terminarla, como se abate una paloma en el aire de un flechazo certero...

—Te equivocas, buena amiga. Hice un daño irreparable hace tiempo. Quizá por no herir a los míos me mutilé a mí misma de la peor de las formas, negándome a escapar, a ser libre, a sentir como todas las mujeres, y clavé mis colmillos, como una serpiente, con todo su ponzoñoso contenido, en mi propio corazón. El odio es como un veneno que acaba colmándonos, querida Julia. Ojalá nunca sientas como yo ese sabor intenso en tus labios, en tus latidos, golpeando como los tambores de una galera en guerra sobre tus sienes con el nombre de una víctima propiciatoria sobre la que derramar toda tu ira... Como si la Furia liberada de tu ánimo pidiese más y más sacri-

ficios, más y más sangre, más y más sufrimiento —decía como en trance la Emperatriz, mirando al infinito sin fijeza alguna—. El odio alimenta la infelicidad con una hambre y una sed inextinguibles —susurró—. Causarle mal a otros no las mitiga, ni da paz, sino todo lo contrario: aumenta su amargura. Es como una sensación insalvable de estar manchados. No hay agua ni manantial que arrastre su suciedad invisible. Es estar pudriéndonos por dentro, como esos graneros a los que alcanza la lluvia y los ennegrece, y los corrompe, y los echa a perder inevitablemente, o como esa enfermedad oscura que ataca silenciosamente nuestras entrañas hasta que terribles dolores la anuncian, sin paliativo ni cura. Esta noche pondré fin a tanto dolor con otro veneno antiguo. Un veneno poderoso como el vuelo del dios de la muerte en las noches de primavera. Una ponzoña digna de hombres sabios, como el sinuoso deslizarse de un áspid líquido —aseguró, como quien ha tenido una larga vida para premeditar su propia extinción—. Yo apenas conozco el aleteo del amor, sólo como una intuición adolescente que me arrebataron o a la que yo me negué, o ambas cosas; pero conozco bien el vuelo de su hermano oscuro. Sé de los preámbulos de Thánatos, y la seducción de la muerte. La he sentido y presenciado muchas veces para reconocer su venida y sus guiños. Sólo espero que tú, mi querida Julia, noble descendiente de elevadas alcurnias y conocedora del peso del nombre y el linaje, confidente leal de mis horas más agrias, recojas mi historia para la posteridad con la fidelidad y el afecto que siempre me profesaste.

Todo poseía un aire cenital que me inquietaba: la noche romana, lo inesperado de su llamada y peticiones, sus palabras, el tono con el que ponderaba cada cosa, hasta el aroma que llegaba desde el jardín cercano al que daban sus aposentos parecía traer contradictorias esencias, como las que se usaban en Egipto para preparar los cuerpos de los difuntos en su definitivo viaje. Bien lo sabíamos nosotras que habíamos asistido una vez, con una mezcla de dolor y curiosidad mórbida, a los duelos y ceremonias de momificación de un hermoso y desdichado muchacho en Alejandría años atrás. Un joven de belleza deslumbrante y de terrible destino, que por nunca esclarecidas razones, hasta esta noche, murió ahogado en las aguas del Nilo.

Un hombre de nombre Antínoo, cuya entrega amorosa, y tal vez los remordimientos de su amado Adriano, acabó convertido en dios y dando en su recuerdo nomenclatura a ciudades, constelaciones y cultos. Tenía la sensación de estar asistiendo a otro ritual de muerte como los que contemplamos en aquellos días luctuosos de la ciudad portuense de Egipto que fundara Alejandro Magno. Tal vez la historia devora a las personas, a las ciudades y a su memoria, como el mismo tiempo engulle la narración de los siglos para convertirla en leyenda. Pocas jornadas quedaban para las fiestas de Isis y Osiris, que tanto habían calado en Roma con el levantamiento de algún templo, y quizá los días con sus noches, ya fríos, se impregnaban de aquellos aromas mortecinos y sus festejos fúnebres. En aquel momento, tomando consciencia de que se me requería tanto o más como escritora que como testigo y fedatario de su vida, como guardiana y testaferro de sus secretos, sólo puede asentir y contestarle:

22

—Así lo haré, señora —y como me había comprometido de palabra, recogí todas las tuyas durante la noche completa, que me pareció contenía centenares de ellas con sus diversas lunas y estrellas, y el paso de las estaciones por sus bóvedas celestes, hasta que se extinguieron las ascuas en los braseros y sobrevino el frío, cuando comenzaba a encenderse el aire recién alumbrado de la mañana de noviembre.

—Ahórrate los cumplimientos, querida Julia —me respondió la Emperatriz, como si estuviese cansada y aliviada al mismo tiempo—. Nunca fui tu señora sino tu amiga y, esta vez, arropados en el anonimato de las sombras y en la confianza de tu afecto, dejaré el contenido de mi corazón en tus manos como se deja un objeto muy frágil entre los dedos de un heredero. Sólo te deseo que tu vida y la enseñanza de la mía te alejen de la desdicha. Que tu existencia sea lo más distinta posible de mi deambular por la tierra para que alguien pueda decir de ti, un día, lo más hermoso de un ser vivo: que fuiste amada y dichosa..

En la quietud madrugada, muchos nombres y seres fueron conjurados. Muchos protagonistas acudieron sobre la rápida grafía de mis notas en los dúctiles papiros, con las que más tarde pude elaborar esta íntima historia. Al silencio de la noche

y la mañana, sagrada y temida por la conmemoración del inframundo y su cohabitación con nosotros, las palabras de la Emperatriz y su llamada a personas ya desaparecidas en las llamas del tiempo, parecían responder con ecos, con leves susurros y sonidos tenues, casi tácitos, e incluso con la ilusión, o eso quise creer, de que sus rostros aparecían en las volutas de los braseros y su rojinegro pálpito, como el de las entrañas de las aves que escrutaban los arúspices para conocer el destino inminente, o en el humo oloroso de los inciensos, desde los pebeteros dorados de la estancia, o incluso con las dimanaciones repentinas de voces o sus remedos desde la profundidad de las salas o jardines, o quien sabe si desde alguna profundidad más honda de la tierra...

Este es el relato de la Emperatriz Vibia Sabina Augusta, hija de la noble Matidia y nieta de Marcia, sobrina nieta del Emperador Marco Ulpio Trajano Augusto, el Divino, y esposa, para la posteridad y su daño, del Emperador Publio Elio Adriano. Esta es la historia de una mujer fuerte e infeliz; una mujer noble, no sólo por su ascendencia, sino por su manera de corresponder con sus ilustres ancestros y enfrentar su destino funesto con tanta grandeza, incluso en sus más deplorables miserias. Esta es la narración de una señora tan grande como su época y víctima de ella. Este es su testimonio que yo, Julia Balbila, pobre poeta y apenada confidente de Sabina, recogí de sus labios con la comprensión de otra mujer y sus sufrimientos en estos tiempos. Esta es la historia de la Emperatriz Amarga.

La edad de los jardines

24

*P*ermítame, querida Julia, que deje vagar mi mente de un lado a otro. Que vuelva a mis recuerdos con libertad, sin orden ni concierto, para poder contarte mejor mi vida tan llena de obligaciones y pesares que no estoy segura de que haya sido más que el eco y la perversidad de una criatura maléfica y ajena. Tal vez te parezca que divago, y que me remonto a años muy anteriores a mi nacimiento, pero es la única forma posible de que comprendas el peso de mis obligaciones y nombre familiar que, si bien no justifican todos mis actos, sí pueden explicártelos— y así comenzó su historia la Emperatriz Sabina:

Si no fuese por que sus heridas quedaron grabadas en mi cuerpo y en mi alma, de la misma forma que yo fui causante de alguna que otra herida y sufrimiento profundo, pensaría que mi existencia pertenecía a otra persona, peor que yo, o tal vez sólo reflejada en una superficie oscura. Concédeme, aunque dificulte la transcripción de mis palabras, que confío tu sabrás reubicar para facilitar el relato, que viaje en el tiempo y el espacio, incluso hasta los momentos en los que yo aún no estaba entre los vivos, como te he dicho, para que puedas comprender hasta qué punto mi destino estaba escrito antes de ser concebida. Antes de que hubiese podido alcanzar a hacerme cargo del peso de mi apellido y mi familia, antes de respirar o alzar mis ojos suplicantes a los dioses, ya los hombres y los seres divinos habían trazado un paisaje hostil para mi llegada. Una gravedad insalvable en cada uno de mis pasos y decisiones. Una carga de responsabilidad impropia para un solo ser humano. Puede ser que con dificultades y tragedias los de sagrados nombres urdan nuestros avatares para probar cuanto de impuro y cuanto de

ellos hay en nuestra materia pero, hasta para ser tentados por los dioses, una mujer como yo, por fuerte y esforzada que sea, no alcanza a comprender qué recompensa puede alcanzarse con tanta desdicha, o si uno llega a disfrutar de la recompensa tras ser aplastado por el desaliento. Quizá es que yo no llegase a entender cuál era mi cometido, o no lo desobedecí como hubiera debido desobedecerlo otra hembra en mi situación, pero ya no importa demasiado, salvo que tú puedas dejar mi testimonio escrito para que otras mujeres lo tomen como ejemplo a seguir, a rechazar, o simplemente a tener en cuenta con indulgencia. Quizá no llegué a cumplir las expectativas que sobre mi persona se tenían aunque, a decir verdad, creo que fui demasiado leal a lo que otros me inculcaron sobre el respeto a mis mayores, al buen nombre de la familia, hasta convertirme en una persona desgraciada y amarga incluso en mis días más tiernos. No seré yo, ni mi esposo, ni los hombres de este tiempo que han marcado como a las reses a las mujeres con un yugo cruel, a menudo por matrimonio, quienes decidan si fui digna de mi nombre y de mi posición. Otros serán los que un día estimen mis acciones en este mundo que para mí se acaba. Quiero que seas tú, Julia Balbila, otra mujer, mi amiga, la que reciba mi historia y la perpetúe, porque me temo que desde Pandora a Helena, todas hemos sido vituperadas y juzgadas mal por los hombres, aunque les diésemos el ser y los alojásemos a todos ellos, alimentándolos antes y después de nacer. Por esa razón yo me negué a traer nueva vida a esta tierra. A perpetuar en mí la desdicha de un hombre y una mujer como Adriano y yo que no hemos sido capaces más que de odiar y destruir, aunque se acuñen monedas con nuestra efigie, y todo el Imperio rinda honores al Emperador con placas de bronce o mármol en las que se inscriben su nombre y gloria por la construcción de edificios imponentes, o la reconstrucción de antiguos lugares hermosos y venerables. ¿Qué significa todo eso, mi querida amiga —me preguntó la Emperatriz como si por un momento perdiese la serenidad de su temple— cuando no se ha sido capaz de ser feliz ni de hacer felices a los que han acompañado nuestra existencia con la suya? ¿Cuánta grandeza hay en los gestos ejercidos con el poder y desde el poder, sin más adversario que la propia soberbia y el tiempo? Ni la familia, ni

los mayores, ni la esposa, ni el amor valen nada cuando se perciben a una sola mano, ya que en la otra siempre está instalada el cetro del poder y todas sus terribles resonancias. Pero déjame que me serene, mi fiel Julia, antes de proseguir un relato complejo como la confección de un tapiz con diversos hilos y escenas en los que no se puede dejar nada al azar ni por atar, o tal vez sí; quizá nos afanamos demasiado en creer que todo responde a un plan preestablecido y sólo responde a nuestra necesidad terrena. El mismo argumento de no ejercer la maternidad no es cierto del todo en mi caso, aunque evocar su experiencia sea lo más hermoso y lo más terrible de toda mi vida. Pero no es el momento ahora de contarte eso sino más adelante... Permíteme que me sosiegue, y encuentre el equilibrio que necesito para ajustar los pesos y balanzas de mi vida sin más demora, porque pronto llegará el amanecer, y habrá de cumplirse mi sentencia sin ninguna objeción —nada dije yo, ya entonces su pobre fedataria como confidente y amiga, y escuché su relato, tomando cumplida cuenta de sus datos y detalles, sin tener consciencia del todo, en aquel momento, del enorme regalo que me hacía aquella mujer enorme y herida, como su historia.

Tal vez de haber sabido la hondura de sus confesiones e intrincadas experiencias, no me hubiera atrevido a acudir, como una partera casual de la historia, atemorizada por lo que de responsabilidad se me requería. Tal vez como sucede con las otras comadronas, había en aquella comparecencia ante la Emperatriz Sabina, una mezcla de solidaridad e inconsciencia, como en la misma vida, sin la que la existencia no sería completa ni apasionante, llena de claroscuros y matices, de lugares de sombra y transparencias inexplicables, como el latido de un nuevo ser, o la marcha de aquellos que conformaron nuestro caminar en el mundo, y que eran más nosotros que nosotros mismos. Así, con esta seria inocencia, comencé a escuchar su relato, y a tomar cumplida cuenta de cuanto ella me refería:

Mi madre, Matidia Salonia, sobrina de Trajano, se crio como yo, en la misma casa del Emperador, entre sus salas y jardines, cuidada con el mimo con el que muchos padres no crían a sus hijos. Yo me acostumbré a llamarle tío, desde niña, a pesar de ser el tío de mi madre y hermano de mi abuela, por insistencia del propio Trajano, que se decía avejentado con tantas

generaciones de hembras de la familia juntas. Con la misma disciplina con la que reorganizó las legiones y las provincias romanas, administró su tiempo doméstico y a nosotras, con un amor enorme y tierno, impropio de un rudo soldado curtido en muchas batallas. Se desvivía por nosotras que alborotábamos con nuestras risas, por nuestra supremacía numérica de mujeres, la evidente desventaja que nos marcaba el sexo fuera de las paredes seguras de su palacio. Ojalá el hombre que me tocó en suerte, Adriano, mi primo, admirable en muchas de sus acciones, se hubiera parecido un poco en esto a Trajano, y su exquisito trato al género femenino. Las reformas del Emperador Augusto, al que nunca tuve simpatías a pesar de los encomios de los historiadores y patricios por aumentar sus presuntas proezas, habían inclinado la balanza, aún más, en contra de las féminas, a menos que hubiesen pagado sudiezmismo al Imperio de tres o más hijos, nutriéndolo de carne fresca para sus filas de soldados con los que satisfacer su ansia nunca colmada de conquistas. La palabra de la mujer valía menos que la de un hombre y, su honor, estaba en equilibrios más difíciles ante las de los varones frente a situaciones idénticas. A pesar del esplendor del Imperio y su sociedad avanzada, como sabes, mi amiga Julia, las féminas habíamos retrocedido en derechos con el glorioso Augusto, en comparación con los tiempos del César Julio, o de la República. Las mujeres sólo tenemos cuatro destinos posibles en este mundo nuestro que llamamos civilizado: el del sacerdocio, renunciando al amor y a la descendencia por el servicio a los dioses; el del matrimonio, que es a menudo una forma encubierta de esclavitud al marido o a la familia y legitimación social por vínculos de sangre sin otro tipo de afectos, y del que sólo puede librarnos la viudez o la muerte; el de las artes, como en tu caso, rara excepción no exenta de sacrificios y de superaciones por el prejuicio de los escritores, otro dominio habitual de los varones, o el de la prostitución, como libre pero azarosa y no aceptable manera de subsistencia. A menudo pensé si cualquiera de los otros tres destinos que no me correspondieron hubiera sido mejor que el que me otorgó en suerte la diosa Fortuna, pero ya había sido decidido por mí, antes de que yo pudiese decir nada, por mandato de mis mayores, y dudo que mi opinión hubiese sido tenida en cuenta. Yo era

hija de mi familia y de mi tiempo, y el respeto a mis padres me hizo domeñar mi espíritu y carácter, a duras penas, a pesar de que el sufrimiento era como un animal más de compañía desde mi infancia que, en más de una ocasión, saltaba como fiera indómita, dando algún gañafón que otro. Mi madre me reprendía a menudo por mi falta de mesura y aunque la abuela Marcia, mujer de tan recio carácter que hubiese sido mejor militar y Emperador que su hermano Trajano, considerado por el Senado «*el Mejor de los Príncipes*», sonreía en los reconocimientos de su propio temperamento en mí, su nieta favorita, pero también afeaba mi conducta con su sentido del honor y el deber para con la familia y el Imperio. Cuánta suerte tuvieron las espartanas en centurias anteriores, que sólo debían cumplir con el deber de engendrar hijos para Esparta, sin tener que sufrir el yugo de la cohabitación con el marido, salvo en inevitables momentos de concepción, perfectamente olvidables.

28

La abuela, hermana e imagen femenina y augusta del dios vivo de Roma, la gran matriarca Marciana Ulpia, que vivió muchos años, enviudó pronto, al igual que mi madre, y fueron a vivir con Trajano, del que nunca estuvieron muy lejos. Por el amor fraternal a su hermana Marcia —nunca le gustó que la llamasen Marciana, que era en realidad su nombre completo y ofrenda a Marte, el dios de la guerra— su hija y nietas fuimos educadas bajo su mismo techo. La matriarca me insinuó muchas veces que, frente a nuestras desventajas, las mujeres contábamos con el beneficio de la sutileza, de la inteligencia, armas que aguzábamos desde niñas ante la imposición patriarcal de nuestras leyes. Yo, sin embargo, acabé odiando a esas féminas que usaban las mismas artimañas de siempre: la aparente sumisión o el encanto de su belleza o cuerpo para conseguir sus fines, porque seguían perpetuando la imagen insidiosa y taimada que los varones nos daban desde hacía siglos. Yo, que podía haber utilizado aquellas mismas armas, ya que se ensalzó desde muy niña mi belleza y perfección de proporciones, cercana al canon efébo, repudié instintivamente aquellas artimañas asociadas a nuestro sexo. Desarrollé una silenciosa admiración por todas las mujeres malfamadas en los textos sagrados y en las páginas de la historia, desde Juno a Cleopatra, de Popea a Mesalina, sospechando la crudeza de sus existencias

y el valor que tuvieron al desafiar a su tiempo y circunstancias, pagado con su sangre, precio eternizado en la difamación y en la mentira de unos hombres y también de algunas mujeres que nunca se acercaron a las simas del corazón humano y sus profundidades.

Todo pareció perfecto en la ejecución de nuestra posición familiar, como mujeres de la vida de los Emperadores hispanos, de caras para afuera, desde la inalcanzable distancia y frialdad de nuestras responsabilidades y los pedestales del protocolo imperial. Otra cosa muy distinta sería las interioridades de nuestras vivencias, jardines cerrados para todos los ajenos y, en muchos casos, como en la mayoría de los vivos, incluso para los más cercanos. A pesar de lo que se narraba en las crónicas históricas oficiales, la abuela Marcia me contó sin embargo, lo difíciles que fueron los primeros años de nuestro linaje en Roma, acechados por las conspiraciones y las conjuras contra la dinastía Flavia. Nuestra gente permanecía fiel a ellos, a pesar de los excesos de su último representante, Domiciano, como en generaciones anteriores permanecimos fieles a los Julio-Claudios, no por afinidad o entrega al poder, sino por lealtad a las instituciones y míticas imágenes del orden Imperial que representaban. La abuela me explicaba que, en nuestro respeto a los mayores y a las costumbres, la veneración por la familia Imperial y su Emperador no abrigaba la conveniencia o la connivencia con el poder sino, más bien, un sentido de la lealtad a la idea Imperial de Roma y sus dignatarios, incluso cuando la crudeza o el carácter de alguno de aquellos hombres que poseían los laureles imperiales no fuesen dignos de encomio humano. Durante mucho tiempo, aún con la consolidación de nuestra familia, de la dinastía Ulpia Aelia con Trajano y Adriano, no se nos vio más que como extranjeros pueblerinos venidos de la Hispania, sujetos a la observación y la chanza de los patricios, de las más antiguas familias romanas, y sospechosos de falta de raigambre civilizada y méritos, a pesar de ser ciudadanos de plenos derechos desde los tiempos de Julio César y su sucesor Augusto. Los méritos militares de mi tío Trajano acallaron los descontentos de los nobles romanos, atemorizados por tantos años de encubiertas guerras civiles y el apoyo manifiesto de las legiones y ejércitos de Roma al que

consideraban un camarada suyo, curtido en conquistas y batallas difíciles, pero, al morir éste, con la designación como sucesor de mi primo y esposo Adriano, todo cambió. Me relataba la abuela que después de casi dos décadas de paz romana y prosperidad económica, en parte gracias a las guerras emprendidas con éxito contra los dacios y los partos, las más vetustas familias de la capital imperial comenzaron a urdir sus telarañas contra nuestro buen nombre con el fin de eliminar la posibilidad de una dinastía que consideraban inferior en méritos de sangre y prosapia. No contaban con que Adriano, mi esposo y enemigo íntimo, a pesar de que yo lo admirase en otros ámbitos, sería aún más astuto que ellos, y más implacable que el marcial Emperador Trajano. Toda esta clase magistral de historia, que me desentrañaba la abuela con la severidad de haberla sufrido, pero también con la viveza de haberse sobrepuesto a ella, fue una enseñanza esencial para mis años futuros, sin que yo lo supiese cuando era niña. Como un juego inocente de nombres y fechas, de sucesos o cuentos como los que me contaban las esclavas al servicio familiar ya que la abuela nunca permitió que nuestra educación cayese en manos de nodrizas o mentores sino en las suyas, recias, fuertes y seguras como su propia vida. Entre los grandes acontecimientos, ella alumbró ciertos lugares de sombra que no quedaban reflejados en los libros oficiales de Historia, por el temor de sus autores a ser castigados o, sobre todo, a no ser tan premiados como los más obedientes. Entre todos estos avatares, la abuela Marcia deslizaba nuestra propia historia personal, la de nuestros parientes, a los que, desvanecidos por la inmaterialidad de la muerte, conocí y supe apreciar según nuestras costumbres. Sus figuras aparecían más como espíritus protectores y cercanos que como dioses Manes, festejados en una fecha determinada del año en los fuegos purificadores de febrero y en noviembre, con la apertura ritual del mundo bajo la custodiada piedra del corazón del Imperio romano. Quizá por esta razón, desde niña, me sentía mejor y más protegida entre los que provenían de Hispania, fueran parientes o no, como si en su manera particular de pronunciar la lengua latina, en la que se apreciaban los matices y giros subyacentes de los tiempos de Argantonio y otros pueblos, hubiera un bálsamo, un sortilegio que me apaciguara o

salvaguardase. Sin saberlo, entre las labores domésticas y los juegos del jardín, Marcia me entregaba nuestro legado de memoria, así como toda clase de sucesos, como la azarosa manera en la que yo vine al mundo.

Fue el día del solsticio de invierno, de madrugada, muy lejos de la populosa Roma en la que florecía la muerte en cada esquina por aquellos días, en la ciudad de Gades, en la provincia hispana de la Bética, cuando decidí nacer, no sin dificultades y fenómenos extraordinarios, como dicen que sucede con los seres marcados por el destino. Así lo escribió un tío lejano, Elio, experto en las ciencias astrológicas, en mi carta de genitura, nombre que le daban los expertos en las estrellas a la carta astral, que aún conservo. Aquellos astros marcaron tanto mi vida como mis pasos de manos de un hombre sabio, el mismo que trazó los mapas natalicios de mi esposo Adriano, preconizándole el poder, sin equivocarse.

Los mayores de nuestra familia recordaban que proveníamos de la ciudad de Tuder, en la Umbría, y que por esa razón y por los matrimonios entre primos, la mayoría conservábamos lo dorado de nuestros cabellos, a pesar de llevar muchas generaciones, desde los días de Escipión, en Hispania. Gades e Itálica eran, realmente, a pesar del origen latino que se recordaba de padres a hijos, la tierra de asiento de nuestros ancestros donde, todavía, se conservaban las casas familiares, y se respetaba mucho nuestro nombre. En Gades, junto a los Balbo, tus parientes, querida Julia, la familia Ulpia dejaba sentir su peso gracias a la hermana de Trajano, el padre de mi tío el Emperador, de nombre Traya, que se casó con el gaditano Lucio Domicio, que sería padre de la madre de Adriano, Domicia Paulina. Así se convirtieron en una las familias Ulpia de los Trajanos y la Elia de los Adrianos, que también provenían en sus orígenes de la zona de Hadria, en el norte de Italia, y mantenían la característica familiar de los cabellos rubios. Una y otra familia unieron sus vínculos y sangre de tal manera, que era imposible decir los grados de parentesco entre unos y otros con total certeza. El propio Adriano, mi primo y esposo Emperador, nacería en Gades, como su padre y madre, a pesar de que muchos creían que nació en Roma y otros que era de Itálica como mi tío Trajano, porque al morir su padre, cuando él contaba apenas

diez años, fue enviado con uno de sus tutores a la ciudad hispalense. Poco tiempo pasaría en Híspalis ya que, el tutor, viendo las dificultades de encauzar aquel río desbocado de desafectos que era el niño Adriano, mi primo y futuro esposo, lo enviaría con su marcial tío a Roma, a los 15 años, con la esperanza de reconducir sus erráticos pasos. El padre de Adriano, del mismo nombre, había sido tutor de Trajano y Publio Acilio, al morir sus padres en el campo de batalla, y le pidió a ellos el mismo favor con su hijo si le sobrevení­a la muerte, como sucedió, tras la postergación de una larga y penosa enfermedad. Muchos familiares lejanos seguían viviendo en las dos ciudades, lo que daba a mi madre y la suya una sensación de salvaguarda que aún no habían encontrado en la convulsa y aún ajena Ciudad Eterna. Adriano, un niño casi adolescente entonces, de cabellos rubios, aunque un poco más oscuros y rizados, como casi todos los miembros de la familia, que luego sería, como sabes, mi esposo, primo lejano de la hermosa Bética, jugueteó en el regazo de mi madre mientras yo aún estaba en él, entre sus jardines repletos de árboles y estatuas, de fuentes y flores de olor en Itálica, muy cerca de Híspalis. Le llamaban «*el grieguecillo*», mote que le puso su primer mentor en gramática, más partidario del griego que del latín como idioma primero, y por su interés desde muy tierna edad por la lengua y cultura helena, que manejaba con soltura y de la que alardeaba habitualmente. Matidia, mi madre, contaba de forma repetitiva y dichosa en sus últimos años, al ver a aquel niño convertido en Emperador y marido de su hija, cómo sollozaba cuando abandonaron Itálica, camino de Gades, dejándolo sin sus mimos a él y a su hermana mayor, Elia Domicia, no muy acostumbrados a los cuidados de su propia madre, que prácticamente se desentendió de ellos al morir su padre —según decían en casa—, nombrando como tutores a Trajano, ya inmerso en la carrera del Honor, y a Publio Acilio Aciano, un influyente amigo, notable de Itálica, que se encargó de su educación primera. No supe hasta mucho más tarde las razones de aquella mujer hermosa y triste, Domicia Paulina, gaditana como yo, para dejar de una manera tan poco maternal a sus niños pequeños al cuidado de sus familiares sin dar demasiadas explicaciones, y marcharse a su ciudad natal, a vivir de una

forma extraña, casi enloquecida y huraña, casi sin tener contacto con los pequeños ni su familia. Muchas habladurías oí al respecto, desde muy pequeña, de aquella familiar enajenada, según decían las mujeres de la casa, que eran muchas, y a la que yo tomé afecto casi antes de conocerla, por lo misterioso de su proceder, y la mala fama que le daban las matronas mayores de la familia, sin haber intentado comprenderla, sin oírla, sin saber qué profundo dolor, o qué Fata, que deidad que decide nuestro destino, la impulsó por aquella senda. Creo que aquel vínculo infantil hizo que, desde niño, mi esposo profesara un gran amor por mi madre, el que no sentía por la suya, hasta el punto de acabar deificándola a su muerte y de levantarle un pequeño templo, hermoso y delicado como era ella, cerca del impresionante Panteón de Agripa. Todos los reconocimientos y fastos que me negara a mí, se los otorgó a mi progenitora, sin saber que era una de las pocas cosas que llegué a admirar de él. Mi desprecio por el esposo, contra sus actitudes violentas, arrogantes y soberbias, no hacía, sin embargo, que no me percatase de la grandeza de muchos de sus actos, construcciones y desvelos por magnificar el esplendor del Imperio o por asentar a nuestra familia como digna sucesora de las dinastías Julio-Claudias o Flavias, a pesar de que sus métodos me desagradasen, a menudo, en demasía, o los padeciera, directamente. Quién iba a decirme a mí que, con el tiempo, acabaría utilizando aquellas mismas artimañas sangrientas y crueles que desaprobaba en mi cónyuge... Nunca fui capaz de contarle a mi madre las lágrimas que aquel niño, hecho un hombre, me haría derramar a mí una vez casada con él. Mi madre no tenía la culpa de haberse encariñado con aquel polluelo, aparentemente desvalido, ni yo de odiarlo. Quizá la vida nos hace desvalidos a todos, iguales en eso al menos, y presa de nuestros afectos o falta de ellos. Tal vez esas carencias nos convierten, en gran parte, en lo que acabamos siendo, mucho más que lo que nos fue otorgado con generosidad por nuestros padres o por el frío brillo de las estrellas...

Matidia, embarazada de su marido, el cónsul Lucio Vibio Sabino, mi padre, había abandonado la península italiana y la casa familiar en Roma por consejo de su esposo, y también de su tío Trajano, senador por entonces, ante el clima de violencia

que imperaba en sus calles, inseguras para todos, pero mucho más para los que ostentaban cargos importantes y sus allegados. Dos décadas habían pasado desde los demenciales días de Nerón y el gran incendio de Roma, ideado por su enajenada mente y megalómanas ensoñaciones enfermizas, que trajo consigo toda clase de muertes y desmanes y, además de las huellas aún evidentes en la ciudad que no había recuperado aún la población perdida ni parte de sus barrios más nobles. Bien lo sabes tú, querida Julia Balbila, cuyo abuelo, Tiberio Balbilo, fue el astrólogo imperial de Claudio, Nerón y Vespasiano, que a menudo se jugó la vida cuando sus predicciones no se ajustaban a lo que el señor esperaba oír como legitimación de sus mandatos en las constelaciones. Según relataba a menudo la abuela Marcia, la soberbia cruel e intemperada del Emperador Domiciano, ebrio de poder y sangre en los días de mi nacimiento, estremecían al pueblo, a los nobles y al Senado, con los recuerdos de días tan aciagos y la posibilidad de otro Emperador loco, enfermedad común entre los poderosos, antes o después, que se manifestaba con síntomas generalizados o ataques episódicos, en el mejor de los casos.

34

Toda clase de desgracias parecían haberse cernido sobre el esplendor del Imperio y su Historia, incluidos una serie de terremotos devastadores, un par de años antes de la reducción a cenizas de Roma, que dejó prácticamente destruidas las ciudades de Pompeya y Herculano, a los pies del Vesubio, y que se hizo sentir con gran virulencia en todas las urbes cercanas, e incluso en la capital del Imperio, ya azotada por toda suerte de agitaciones humanas. Acaecían los fenómenos adversos como si los dioses hubieran decidido su fin o, como si los hombres, utilizaran a los seres divinos como excusas de sus malas acciones para llevar a cabo toda clase de pillajes, asesinatos y excesos. Tal vez un poco de cada cosa sucedía, según susurraba con cierta socarronería la abuela Marcia, tan sabia y vivida como respetuosa con los dioses, al menos lo suficiente como para no tentar su ira poniéndolos en duda:

—¡Los dioses nunca están de más, hija mía! —me repitió hasta el final de sus años, cuando comenzó a darse cuenta de que dentro de mí empezaba a rebelarme contra las leyes mortales y divinas—. Tú procura no dudar de ellos para que ellos

no duden de ti o, quizá, peor aún, quieran darte pruebas de su influencia sobre tu vida. Acuérdate del poeta ése de Córdoba que te gusta tanto, de Lucano, que se reía de los seres inmortales y de los hombres, supersticiosos, según los ridiculizaba, que depositaban su fe en ellos. Acabó abriéndose las venas, por orden de Nerón, que lo descubrió conspirando contra su vida, o eso creía el Emperador que, para su caso, era lo mismo. Mira si los dioses quisieron reírse de su falta de fe y respeto, que terminó sus días suplicando perdón, el amparo de los eternos, y vendiendo hasta a su madre, a la que incriminó en la conjura, cierta o no, causando también su muerte, para tratar de salvar, inútilmente, su existencia. Lo recordé luego en muchas ocasiones; casi me pareció oírsele varias veces después de perecer, plácidamente en su cama y rodeada de los suyos, en los momentos en los que mis creencias piadosas sucumbieron ante la crudeza de la vida y sus exigencias. Nunca estuve segura de hasta dónde mi abuela había entretejido una red de salvaguarda sobre mi vida y la de su hija, mi madre, ni hasta qué punto sufrió y causó su deterioro final, dulce pero definitivo, el saber de mis padecimientos, uno de los pocos asuntos que escapó en parte de su previsión y control. Quizá los dioses acabaron tomando partido, finalmente, en mi contra, o, como los más necios, también yo acabé descargando en ellos mis propios errores y culpas...

35

En aquellos días de mi nacimiento, los seres inmortales y los hombres se habían puesto de acuerdo, desde luego, en acrecentar su desgracia, como me contaron y leí, ya en edad adulta, de las crónicas y textos de Veleyo, Tácito y Plinio, apodado «*el Viejo*», al que mi tío Trajano quiso mucho, y lloró tras su terrible desaparición en Pompeya. A las locuras incendiarias de Nerón, seguidas de persecuciones, ejecuciones, y espectáculos criminales propias de un monstruo mitológico sediento de sangre como una Furia, surgieron rebeliones contra este caos desde las Galias, Lusitania, y la Hispania Citerior, que acabarían con la muerte del dictador demenciado. Tampoco esto trajo paz al Imperio. En un sólo año fueron nombrados tres Emperadores, sucesivamente traicionados y con terrible fin, como si el orden establecido se hubiese subvertido en una nueva forma de bacanal de muerte y sangre. Galba, que obtuvo la lealtad de varias

legiones de distintas provincias y de la guardia pretoriana, además de conseguir que el Senado no ratificara como Emperador a Nerón, por lo que este decidió suicidarse, gobernó siete meses, hasta ser asesinado por su propia guardia de pretores, por inducción de Otón, que fuera favorito del nefasto Nerón, y por sus formas, heredero de su hambre de vidas. Su poder duraría apenas tres meses hasta que, cercado por el nuevo aspirante a Emperador, Vitelio, apoyado por las legiones de Germania, se quitaría la vida. Vitelio, desaforado en sus demandas y excesos, sería asesinado nueve meses después, en el foro, y su cadáver arrojado al río Tíber frente a las fuerzas del nuevo Emperador, Vespasiano, que se llevó por delante en aquella confrontación bélica, con asalto a la capital incluida, lo poco de la fastuosa Roma que había sobrevivido al gran incendio. El Capitolio, corazón político y religioso de la ciudad, en el que se refugió Vitelio, quedó completamente destruido en los asaltos y escaramuzas, y reducido prácticamente a ruinas humeantes e irreconocibles de su belleza pasada...

36

Mientras esto sucedía en la cuna del Imperio, los bárbaros aprovechaban su debilidad para traspasar las fronteras y realizar incursiones y saqueos. En las provincias más lejanas de la amenaza bárbara, el estado de guerra civil no declarada hacía peligroso el cobro de antiguas deudas de sangre. No ser víctima del abuso de poder de los soldados y sus mandos, que recaudaban en especies, por el mismo método del saqueo, los salarios no satisfechos por Roma, era un milagro sólo atribuible a los dioses. Tanto la abuela Marcia como su hermano Trajano, un hombre y una mujer jóvenes entonces, obligados a crecer prematuramente por la crudeza de las circunstancias, hablaban con horror de aquellos días en los que la vida valía lo que el capricho de cualquiera a arrebatarla o no, o su fortaleza a defenderla de cualquier modo. Incluso nuestras asentadas familias de Hispania, tuvieron que sufrir las afrentas y atropellos de gobernantes avariciosos y hambrientos de poder como Bebio Massa, o Mario Prisco, afanados en arrebatar a los notables de la Bética sus posesiones y prestigio, o como Cecilio Clásico, más interesado en medrar políticamente a costa de la desgracia de nuestro buen nombre con infamias y mezquindades. Plinio, apodado «*el Joven*», por respeto a su pariente del mismo nom-

bre, el sobrino del gran amigo de mi tío Trajano, y escritor como él, que estuvo muchos años cerca de nuestra familia, defendió personalmente nuestros intereses, desde su conocimiento de leyes, con una eficacia que acabó disuadiendo a los ambiciosos y sus codicias. Tan cercano y querido era que, a pesar de haberse casado tres veces no tuvo descendencia, se le aplicaron la exención de impuesto que estaba decretada desde los días del divino Augusto, para los que enriquecieran el Imperio con tres hijos varones. Estas y otras distinciones les parecían pocas a mi tío Trajano, y al propio Adriano, que le dieron puestos de enorme confianza y riqueza como el de Gobernador de Bitinia, provincia reservada tan sólo a los senadores. Todavía se me humedecen los ojos cuando releo alguna de sus cartas a mi tío, o los tristes sucesos de Pompeya y Herculano que él vivió con sólo dieciocho años, y donde perdiera a su tío y benefactor para siempre, entre las otras miles de almas tragadas por el fuego y el humo. Creo que cuanto me narró la abuela, y lo poco que, de tarde en tarde, relataba el tío Trajano, menos dado a contar sus vivencias que su hermana, estaba bastante más edulcorado por la memoria y su pudor, que lo que en realidad tuvieron que padecer en sus propias carnes, en los sucesos de aquellos años. La vida acaba siendo siempre más intensa que la literatura, y termina imponiéndose. Es un relato ajeno para quienes no la protagonizan, e inevitable para quienes la encarnan.

37

Tiempos convulsos, también, los que siguieron de Vespasiano y Tito, llenos de conflictos en Egipto y Dacia, de sublevaciones violentas en Judea, de persecuciones contra los judíos, que se dispersaron por todo el Mediterráneo y el Asia menor tras haber sido arrasada Jerusalén por las legiones del Emperador. Como forma de humillarlos más, se fue más permisivo con la nueva secta de los cristianos frente a los hebreos, de los que provenían, dejando de perseguirlos como en los días neronianos, en los que un tal Pedro, uno de sus máximos representantes, fuera ajusticiado en la misma Roma, acusados de haber sido los incendiarios de la capital aunque todo apuntara al propio Emperador. Aseguran algunos que, por las órdenes de Nerón, el fuego fue iniciado, intencionadamente, por los propios guardias pretorianos, en las tiendas de los mercaderes del

Campo de Marte, en los aledaños del primitivo anfiteatro de madera que construyera para sus conciudadanos el cónsul Estatilio Tauro, que fue lo primero en arder. Se sabía que era el lugar donde el Emperador tenía previsto iniciar su nueva ciudad. Aquella tolerancia con los cristianos resultaría, con el correr del tiempo, más peligrosa por su intransigencia religiosa, que la perseguida fe de los judíos. Días de incertidumbre y miedo, en los que nuestra familia vadeó peligrosos caminos, y consiguió asentarse con prudencia y fortuna.

Marco Ulpio Trajano, el padre de mi tío y futuro Emperador, de idéntico nombre, ejerció ejemplarmente el cargo de Cónsul en Hispania y Siria, manteniendo el orden y la ley romana, y acudiendo en ayuda de los sucesivos Emperadores, ganándose la fama de hombre eficiente y leal, más por fidelidad a lo que representaba el Emperador en el orden social establecido, que por el afecto a la figura que lo detentase en cada momento, impronta que permaneció indeleble, como ya te he contado querida Julia, en mi propio tío. Algunos quisieron ensuciar su nombre y trayectoria honorable acusándolo de adulator o lisonjero, pero sus acciones acallaron la maledicencia con la aplastante realidad de sus logros. Para ejemplificar su honestidad, hasta su hijo sirvió a sus órdenes durante diez años, sin tener más privilegios que el resto de los hombres y soldados a su cargo o, tal vez, precisamente por ser su vástago, muchos menos que los soldados de mochila que buscaban un lugar en las legiones con el que honrar su desconocido nombre. Esto curtió a mi tío con un sentido del deber y del sacrificio que nos impusieron a todos los miembros de la familia, incluso a las mujeres, y que en cierto sentido yo heredé para mi mal. De no haber sido tan responsable, tan consciente del esfuerzo que habían realizado mis mayores para llegar a donde estábamos, tal vez hubiese sido menos infeliz, aunque nuestra existencia no es más que un camino que creemos transitar a nuestra voluntad, y quizá esté escrito en las estrellas, o en los tapices de las Parcas, que tejen y cortan a capricho nuestras vidas. Eso que algunos llaman azar para no nombrarlo como destino, y que es más que el mismo dios con distinto nombre, inexorable.

La abuela me contó una y mil veces la hambruna que asoló el Imperio durante casi diez años, debido al castigo de los dio-

ses, los excesos de los hombres, y la sangría intestinal de las contiendas bélicas, más de una vez rozando la guerra civil. Nunca llegó a declararse abiertamente, pero se vivió como si la sombra de los enfrentamientos fratricidas de los días de Julio César y Pompeyo, volvieran con más crueldad con el acontecer de los hechos en cada calle y con mayor ruindad de sus líderes. Lo cierto es que, ni siquiera entonces, cuando el enfrentamiento abierto entre los componentes del Triunvirato llevó a la declaración de guerra, el horror y la destrucción golpearon tan devastadoramente el corazón mismo de la capital romana. Ya se habían extinguido los últimos focos rebeldes, y parecía que la paz comenzaba a asentarse en los últimos años del reinado de Tito, cuando los dioses parecieron golpearnos de nuevo con todas sus omnipotentes manos.

Los romanos apreciaron los esfuerzos de este nuevo gobernante por asentar el sosiego en los intranquilos hogares de Roma, además de las obras públicas que devolvieran a la gran ciudad el esplendor ruinoso de tantos años de calamidades y enfrentamientos civiles. Unas fastuosas termas con su nombre, un arco imponente en el mismo foro que conmemoraba su victoria en Judea, además de la finalización de las obras del Coliseo, al que su sucesor Domiciano agregó la última planta, arrojaron a los ciudadanos las esperanzas de que, sobre sus cenizas, el Emperador traería de nuevo la monumentalidad y la prosperidad de otros tiempos a una ciudad de la que estaban enamorados profundamente. Los ciudadanos de la capital amaban a Roma por encima de su propia vida, como si de la diosa del Amor se tratara. Muchos poetas, entretejían en sus versos y canciones la leyenda de que éste, el Amor, era el nombre oculto de la ciudad, y su personalidad más íntima de deidad amorosa, escondida en la lectura inversa de su nomenclatura urbana. Para mí, sin embargo, que aprendía a amar a Roma como un credo incuestionable, la ciudad era más bien la personalización del poder, una divinidad guerrera como la sanguinaria Belona que acompaña con su látigo y sed de sangre el cortejo del dios Marte. Una diosa feroz e implacable que, de tarde en tarde, cuando las tácticas más violentas no surtían efecto, recurría a la seducción y a la suavidad, como las panteras, para reducir a sus adversarios con otras artimañas más sofisticadas.

Una partera de la guerra que engrasaba las ruedas de sus carros y maquinarias con la sangre humana... Nadie me hubiese convencido en aquellos días tiernos, a pesar de las terribles historias que me contaba la abuela para robustecer mi carácter, que yo misma acabaría encarnando de manera implacable a aquella deidad violenta y sedienta siempre de la sangre de los culpables o de los inocentes, sin distinción alguna, cegada por el hambre del dolor y su negrura.

Los romanos estimarían los esfuerzos de Tito por restituir la hermosura de su ciudad diosa, apodándole con los apelativos de «amor y delicia del género humano», aunque no se les preguntó al perseguido pueblo judío sobre sus adjetivos. Sin embargo, los inmortales, seguirían jugando con los vivos, siniestramente, durante algún tiempo más, si es que alguna vez dejan de hacerlo, entretenimiento principal de sus existencias sin término, según nos cuentan los mitos, los poetas y los sacerdotes. Tal vez su omnipotencia y el aburrimiento que debe acarrear la vida eterna, sean el secreto de que disfruten tanto con el sufrimiento humano.

40

No tardaron los divinos en darnos cenizas una vez más. Cenizas hasta dejar vacías las entrañas de las fraguas de Vulcano y, sumergidas en ellas y en el horror de la muerte, varias ciudades. Una de las urbes más hermosas del Imperio, Pompeya, junto a la ciudad de Herculano, asentamientos principales de la provincia de la Campania, se preparaba para los nuevos comienzos después de pasados tiempos tan revueltos. Una serie de terremotos las habían asolado hasta dejarlas muy dañadas más de una década antes y, las elecciones de las que saldrían cargos locales y responsables de la administración de las ciudades, sirvieron para que las familias y comerciantes, empeñados en deslumbrar a sus vecinos, derrochasen toda clase de restauraciones, construcciones y portentosos edificios, infraestructuras y ornamentos para la ciudad, lo que revertiría en votos para ellos y cargos para sus familiares. Plinio, apodado *el Joven*, con lágrimas en los ojos, me narró muchas veces antes de escribir su relato del final de Pompeya, la belleza de la urbe, y los millares de vidas que quedaron sepultados bajo el fuego, el humo y la ceniza del ávido volcán rugiente. Antes que de palabra, lo había hecho en unas largas epístolas que enviara a mi

tío Trajano, amigo de infancia, cuando éste aún era Tribuno militar, y al historiador Tácito, al que su tío admiraba y consultaba para sus propios escritos. Tanto respeto se tenía ya por entonces al escritor galo Tácito, que todos los aspirantes a escritores trataban de ser aceptados en su círculo de amigos, y le agasajaban con toda clase de regalos. Cuánta lisonja interesada ha estropeado a grandes hombres desde el principio de los tiempos, y cuánto hombre excelente ha mostrado debilidad por el envenenado regalo del halago. Para Tácito, que ambicionaba sobretodo el saber, razón que le llevó a ser nombrado por Trajano, ya Emperador, Gran bibliotecario de Roma, el mayor de los presentes era la noticia de algo excepcional o raro, inusual o prodigioso. Por esta razón Plinio, como lo hizo su tío y tutor, le enviaba largas epístolas y, en el caso de Pompeya, pocos sucesos fueron tan prodigiosos y aterradores como los que él vivió y le contó en sus cartas, de primera mano.

Después de mucho tiempo, he pensado que el joven Plinio imitó hasta hacerlo suyo el curioso temperamento de su tío, que lo adoptara como hijo propio, y que demostró en una obra extensísima dedicada al Emperador Tito, llamada la *Historia Natural*. Igual que su protector pariente, Plinio el Joven le narraba en las cartas, como cada vez que lo contaba, la hermosura del foro pompeyano, empedrado con piedra travertina; su planta de corte griego más que romano, otorgándole una enorme delicadeza; sus pórticos, confluyendo en el frontal del templo de Júpiter; los de Apolo y Mercurio, con bellísimas imágenes helenísticas; sus orgullosos acueductos; el enorme teatro dedicado a Hércules, mítico fundador de la ciudad; sus innumerables Termas, y la vida apacible y placentera de sus moradores, que quedó cubierta por una marea de negrura líquida, de muerte encendida...

Incluso el fornido y valeroso tío Trajano, no podía evitar estremecerse ante el recuerdo de sus veintiséis años, cuando se encontraba por orden de su padre en Roma, con un despacho militar, y se dejaron sentir, en la distancia, los temblores del gigante enfurecido cerca del mar. Luego las noticias de amigos y familiares de Plinio, que dejaría su vida en aquel lugar, y nos entregaría el afecto de su sobrino, apodado «*el Joven*» por respeto a su tío, inseparable de nosotros desde entonces. Recuerdo

como si fuera ayer, mi querida Julia, la emoción y el impacto que causó en mi pecho infantil aquel hombre que me contaba, en compañía de mis parientes, aquel doloroso pedazo de historia reciente y atormentada, de los años previos a mi nacimiento. Sé que puedes leerlo en los textos originales de nuestro amigo escritor, pero no me resisto a narrártelo aunque me demore en mi propia historia, como lo escuché de ellos, porque es, en cierta medida, parte de mi primera vivencia del horror y del dolor ajeno:

—Era verano entonces —decía la abuela Marcia con los ojos perdidos, como en trance, como si volviera exactamente a aquel momento fatídico que me contaba. Los recuerdos tienen ése poder: pulsan un resorte en nuestra memoria que nos hace recordar casi con exactitud una circunstancia feliz o desgraciada de nuestra vida. Tal vez se parezcan más a esas sencillas trampas de nudos corredizos que se utilizan en el campo para atrapar pequeñas piezas como perdices o liebres, nosotros también pequeñas piezas en las trampas caprichosas de la memoria.

42

—Un verano abrasador en la capital del Tíber, y en casi todo el Imperio —añadía el tío Trajano, con la misma expresión ausente en la mirada—. Tan ardiente que parecía que se iba a desencadenar el infierno del Hades sobre la tierra como finalmente sucedió.

—Tu tío acababa de llegar a Roma el día en el que se honraba a Vulcano, que tiene, como es sabido, sus fraguas en ciertos montes humeantes como calderas gigantes de fuego líquido, y a quien se le hacen ofrendas ese día para que nos proteja de los incendios, mal tan reciente y habitual en Roma gracias a sus Emperadores y ciudadanos locos —continuó con el relato la abuela Marcia—. Hasta entonces, el único volcán que habíamos visto escupir fuego era el Etna, en el que está encerrado por Júpiter el terrible gigante Tifón, que nos castiga con sus llamas. Sin embargo, el Vesubio, era una montaña apacible hasta ese día, que hacía notar su poder ultraterreno con sacudidas de vez en cuando. Manifestaciones de las demandas de un dios que pide sacrificios o atenciones, pacíficas hasta aquel verano imposible de olvidar. Hasta estos sucesos y las narraciones de la observación de aquel fenómeno por parte de

Plinio, no sospechamos el grave peligro en el que incurriamos al acercarnos tanto a aquellas fraguas del dios a las que acabamos llamando volcanes en honor de su dueño divino. Ya sabes que todos los ríos, las fuentes, los bosques y montañas tienen sus sagrados custodios y sus genios tutelares. Una serie de estos leves temblores habían alterado un poco el día de mercado en el foro romano, y en las tiendas cercanas al anfiteatro Flavio, aunque algunos de los mercaderes lo echaron a broma, diciendo que era la manera del dios del fuego de agradecer las ofrendas.

—Ya sabes que tu abuela es poco dada a tomarse a la ligera a los dioses —apostilló Trajano, en un intento de aligerar con un donaire el peso de tanta gravedad en el relato, que fue rápidamente desarbolada ante el gesto de reprobación silencioso de su hermana, capaz de morder sin abrir la boca.

—Llevaba mucho tiempo sin ver a tu tío, mi hermano —dijo poniendo énfasis en sus palabras, y más en el sustantivo fraternal, casi como una recriminación al intento de chanza del mismo—, así que no dejé que mis presentimientos enturbiaran la alegría del momento. Achaqué mi inquietud a la espera largamente acariciada de reencontrarme con él ya que, al día siguiente, se abriría la losa del ombligo del mundo, una de las tres veces del año, conmemoración que me estremecía siempre un poco por la vulnerabilidad de los vivos a las asechanzas de los espectros.

Recordé que esa funesta celebración me había acompañado toda mi vida, como si en ella, la presencia entre vivos y muertos se hiciera patente con toda clase de ritualidades y simbolismos cotidianos. Como si yo misma fuera esa losa de mármol, marcada con la inscripción turbadora de «el mundo está abierto», o como si poseyera la llave entre ambos espacios, o fuera la frontera natural de sus conflictos. Me reconfortaba saber, en cierta medida, que la piadosa y sabia abuela Marcia, que continuó con su narración, sintiese la misma predisposición adversa contra esa fiesta...

—El hecho de que el mundo quede abierto por todas sus entradas y salidas —aseguraba la abuela con un cuidado extremo y casi susurrando, como si temiese alterar a alguno de estos espíritus— incluso cuando a veces nos trae presencias fa-

miliares reconfortantes, e informaciones importantes para seguir nuestro camino, siempre me suscitó inquietud y respeto, por todos los que podían franquear aquel espacio sin tan buenas intenciones.

—¡Mujer, más temor debieras tener a los vivos! —imprecó su hermano Trajano, con la camaradería con la que hablaría a un soldado más que a su hermana, que no dudó en lanzarle una mirada feroz y una contestación igual de afilada.

—¡Y tú mejor harías en no desafiar fuerzas intangibles, ni a mí, que te he limpiado los mocos antes de ser Emperador! —Trajano comprendió que, de poder a poder y, a pesar del suyo, dentro del ámbito doméstico y en según qué espacios, su hermana mayor, la abuela Marcia, diminutivo de Marciana que le gustaba menos, como ya te he contado, ejercía sin cortapisas su matriarcado incontestable.

—No te interrumpiré más, mujer, que cuando te enciendes, te temo más que a los volcanes —y a pesar de la sorna la dejó continuar, y parecía decir en serio lo de su aprensión por la cólera de su hermana.

44

—Hace mucho tiempo que no creo en las casualidades, querida niña mía —me dijo mientras acariciaba mis mejillas aquella tarde infantil de primavera en Roma, como si supiera también lo que iba a acontecer en mi vida pronto, y me reconfortara con aquel roce cariñoso—, y hay fechas marcadas con la desgracia o con signos extraordinarios.

Recuerdo que en ese instante volvió a guardar silencio durante un lapso de tiempo indeterminado que me pareció una eternidad, como retornando a ese momento y ese tiempo, con los ojos bajos, y, agarrándose al pliegue de su túnica como si fuera a desfallecer, apoyándose en el quicio de una puerta de la misma forma que si el vértigo la obligara a tomar un punto fijo como referencia, prosiguió con su historia como si lo reviviera de nuevo, con el mismo terror de entonces.

—Después de la hora de la comida, mientras descansábamos en una villa a las afueras de la ciudad, con agradables jardines llenos de fuentes y árboles, bajo el emparrado fresco de una terraza que miraba al sur, sentimos otro temblor de tierra seco y terrible, como si Vulcano hubiera golpeado con su martillo un lugar de la tierra para aplastarlo por completo. Como

si, otra vez libre, el gigante Tifón perseguido por Júpiter arañara la faz doliente del cielo, cambiando su figura, creando con sus garras nuevos cauces de ríos y lagos, o arrasando con su vómito de fuego islas y ciudades... Luego todo se quedó como detenido, salvo la intranquilidad de los animales que parecían percibir seres extraños e invisibles, o la presencia de una maldición de dioses que se cernía sobre nosotros sin saberlo. Los caballos relinchaban en las cuadras sin poder tranquilizarlos, hasta el punto que algunos escaparon, rompiendo los vallados, y uno de ellos, de una nobleza enorme, que teníamos desde hacia unos años con nosotros, arrolló en su huida a uno de los sirvientes, dejándolo malherido. Los perros se arremolinaban a nuestro alrededor, buscando refugio entre nuestras piernas y caricias, aullando, como cuando muere alguien en una casa y ellos levantan a Plutón sus quejas para anunciar su llegada al inframundo, cuyas puertas estaban abiertas ese día. Los pájaros, un poco más tarde, parecieron enloquecer y buscar refugio, despavoridos, hacia el norte, tan alterados, que muchos entraron en la casa, enloquecidos, y en su agónica huida, varios chocaron contra las paredes con tal fuerza que murieron instantáneamente. Un eco de las fieras del anfiteatro Flavio, del Coliseo, ensordecía aquella algarabía animal sin aparente explicación, con un rugir quejumbroso de tigres y leones, de toros y elefantes. Lo siguiente, como si los Titanes hubieran escapado de su confinamiento en las profundidades del Tártaro para vengarse de los hombres y los dioses, fue una especie de enorme sombra, gris, negra y roja, que empezó a crecer en el cielo, en el horizonte del mediodía, como un ciprés maléfico que fuera a desplomarse arrancando el cielo, sobre los vivos. El día se oscureció. El sol fue devorado, poco a poco, por una negrura desconocida desde la lejanía del sur, en el confín de la tierra y el mar, y yo supe que una terrible hecatombe había sucedido antes de que nadie nos la contara. Sabía que los inmortales se habían cobrado cientos de vidas como en los rituales más ancestrales del mundo, mucho antes de la civilización y de los días de Roma. Antes de que llegaran las primeras misivas y cartas, contándonos aquella desolación, yo supe que el río del olvido desbordaría de cadáveres y muerte sus riberas, llenando las nuestras de desolación...

—Mi tío Plinio, mi madre y yo, disfrutábamos en ése mismo momento de una amena comida estival en nuestra villa de Miseno —continuó con el relato Plinio, como si fuese una narración que se hubiesen hecho más de una vez entre mi abuela Marcia, que guardó un sepulcral silencio después de aquella narración vehemente y atormentada, mi tío Trajano y él, para explicarse a sí mismos lo sucedido y darse cuenta de que no era una monstruosa pesadilla sino una verdad en la que habían perdido muchos seres queridos—. Era más o menos la hora séptima, y yo me había dado ya mi baño de sol habitual, para pasar al frigidarium y desentumecerme con el agua fría de las termas de la villa antes de comer. Nos habíamos marchado unos días antes hasta aquella casa grande y refinada, que poseía mi tío casi al filo del mar Tirreno, huyendo de los calores de la gran ciudad, entregada a sus seducciones electorales, y agitada por las exigencias del verano. Los prohombres de la urbe se agitaban buscando partidarios para colocarse y situar a los suyos en las prefecturas y curias ciudadanas, para escalar peldaños en su carrera del honor y en sus ambiciones políticas. El espectáculo del impudor ciudadano, de la lamentable zalamería para conseguir favores y poder nunca fue del agrado de mi querido tío, más allá del penoso espectáculo de las moscas atrapadas en la red de una araña, que sí tenían cierto interés natural. También es cierto que, dos días antes, unos bruscos movimientos de tierra habían inquietado nuestro ánimo ocasionándonos ciertos daños en la casa pompeyana, y algunas incomodidades como la falta de agua fresca en las fuentes y abastecimientos, por culpa de daños concretos en el acueducto que traía el agua hasta la urbe. Mi tío había hecho oficial mi adopción como hijo suyo, al fin y al cabo me había criado él con mi madre ante la prematura muerte de mi padre, al que yo ni siquiera recordaba, sólo unas semanas antes, acogéndose al derecho de los patricios sin descendencia a tomar como herederos a familiares o cercanos, independientemente de los vínculos sanguíneos llegado el caso, según las leyes de Augusto. Yo me disponía a retomar mi estudio, desde una de las sombreadas terrazas acariciadas por la brisa cuando oí un enorme ruido indescriptible, y a mi madre alborotando desde otra parte del jardín. Mi padre por afecto y por derecho, Plinio, comandaba la

flota imperial atracada en Miseno, en la misma bahía, justo enfrente de Sorrento y, por su situación y la de la costa, también Pompeya. Desde nuestra casa, con grandes terrazas ajardinadas, hermosas columnas teñidas de los rojos y azules micénicos que tanto gustaban en aquella tierra de raíces griegas, y balaustradas que miraban desde el otro lado de la ensenada del mar a la orgullosa Pompeya, tras unos leves temblores repetidos desde hacía días, contemplamos y sentimos una enorme explosión, como cuando las catapultas de los barcos de guerra lanzan contra otros su fuego griego, salvo que esto era muchos cientos de veces superior a la suma de todas las catapultas que yo hubiese visto. Mi madre le señaló a mi tío una especie de enorme nube, gigantesca, como no habíamos visto nunca. La parte superior de la montaña entera pareció deshacerse en una explosión, como si los rayos de Júpiter la hubieran devastado, o un informe monstruo la hubiera hecho saltar por dentro en pedazos de toda clase de tamaños. Estos fragmentos, lanzados por todas partes, salieron disparados como en un asedio imprevisto, en todas las direcciones, y vimos como algunos impactaban contra los esbeltos edificios de la ciudad, sus acróteras y frontispicios, sus teatros y esculturas que contemplábamos, asombrados, en la distancia. Sin embargo —continuó Plinio el Joven con una mezcla de fascinación y horror—, la mayoría de los fragmentos más pequeños tardaron en caer, como si estuvieran suspendidos en el cielo, muy alto, sobre la súbita nube oscura e inabarcable, y fueron desprendiéndose despacio, mantenidos en la brisa marina, y un enorme cono de humo y fuego ascendente, en forma de agudo árbol siniestro, o como el humo de las hecatombes de los grandes sacrificios. Pronto sabríamos que varias ciudades serían inmoladas y, con ellas, la mayoría de sus miles de habitantes...

A pesar de mis tiernos años cuando me contaron esto por primera vez, yo permanecí inmóvil, como una persona mayor, atendiendo a los míos en aquel jardín romano repleto de plantas olorosas y flores, tan lejanos al abrasador relato, como si ya supiera el peso y la responsabilidad de mis obligaciones familiares, lo que siempre sobrecogió a mi abuela Marcia y a su hermano Trajano y, quizá también, hiciera que depositaran, demasiado pronto, graves obligaciones sobre mis hombros. Tam-

bién estaba presente ya la esposa de mi tío, Pompeya Plotina, una pariente lejana de nuestra familia bética, que se asentó con sus padres en la ciudad de Nemauso, al sur de la Galia. Parece que a mi tío Trajano se la presentó el escritor Tácito, oriundo de la misma zona gala de la Narbonense, que fue quien le refrescó la memoria familiar de la hermosa mujer, comedida y silenciosa, al principio, hábil y astuta después, como demostraría. Tanto fue así que, mientras mi abuela Marcia estuvo viva y, sobre todo, en plenitud de sus fuerzas, midió su lugar y su influencia, desde el principio muy importante, en las decisiones de su esposo el Emperador, tratando de no enfrentarse, sino todo lo contrario, en apariencia, con las mujeres de la familia. Astuta y artera sabía que la suavidad y complacencia con su marido, un hombre sencillo y bueno como era Trajano, aunque Emperador, pasaba por aparentar una mansedumbre hacia las mujeres que habían acompañado a su esposo durante toda su vida, aunque en el susurro de la alcoba, ella moviese, sutilmente, los hilos de su red, como una araña venenosa.

48

Recuerdo que, mientras proseguía con su relato sobre lo acontecido en los aciagos días de Pompeya y Herculano, Plinio bebió un poco de vino que le alargó de su mano mi tío Trajano en un vaso. Lo apuró de un trago, como si con él arrastrase las acibaradas palabras que se le clavaban en la garganta con un grisáceo y sempiterno sabor a ceniza, o el fuego líquido que parecía inundar el aire, según nos contó, y prosiguió su vívida historia:

—Lo que ocurrió a continuación parece más un lento sueño repetido cada noche, o una pesadilla, que parte de la vivencia de un hombre asentado en la cordura —aseguró Plinio, persona de leyes y no de fantasías—. A pesar del enorme sobresalto de aquel prodigio, y de leves temblores que seguían produciéndose de vez en cuando, la muerte tardó en llegar. Jugó con nosotros como un gato con un pajarillo apresado al que da gañafones sin matarlo, pero sin dejarlo escapar.

—Así suelen obrar los dioses con el destino de los hombres —sentenció mi tío Trajano desde la profundidad de su voz varonil, sentado en uno de los triclinios de la terraza. Fue una de las pocas veces que se pronunció tan convencido sobre este asunto divino. Nunca supe si el Emperador, mi pariente pro-

tector, era un hombre devoto de los dioses, creyente de las tradiciones y costumbres heredadas de sus padres, o un perfecto descreído que utilizaba las esperanzas ajenas en lo intangible y sus nombres divinos de forma estratégica, ya que nunca dejó de ser un militar hábil, según le conviniese mejor a sus propósitos de representación del poder. Quizá lo sobrenatural de aquel suceso del Vesubio fuera una de las manifestaciones más evidentes para él, de la insignificancia de los mortales frente a los dioses, a los que algunos filósofos y poetas llamaban, simplemente, naturaleza...

—De pronto, en la mitad del día, se hizo la noche —sentenció Plinio con tanta serenidad como pesadumbre—. Una noche más negra y espesa que todas las noches juntas de todos los tiempos. Grandes llamas y vastos fuegos comenzaron a brotar por distintos puntos del Vesubio, como lenguas sinuosas de metal derretido en las fraguas. La nube que se había formado en el cielo pareció descender también por la ladera de la montaña, sobre la ciudad de Pompeya, cubriéndola en tiniebla, y sobre las aguas, hacia nosotros en la ciudad de Miseno. El mar comenzó a contorsionarse, a generar movimientos inusuales en la pleamar de aquellas horas, mientras el cielo seguía oscureciéndose más y más tupidamente. Parecía noche cerrada y sin luna, cuando el agua del mar se retiró como si una diosa marina recogiese su vestido, dejando ver las sorprendidas criaturas de su fondo dando boqueadas, faltas de su elemento, agonizantes y desvalidas como nos veríamos todos si nos sacaran de nuestro lugar natural y nos impidiesen tomar resuello. Muchos de los lugareños se acercaron hasta la playa a contemplar aquello, e incluso algunas madres, habituadas a los desabridos movimientos sísmicos de aquella provincia, inconscientes, llevaron a sus niños a jugar en los pequeños charcos y embalses que se quedaron en aquella bajamar exacerbada y súbita, en la que saltaban peces de todo tamaño y clase, en la que los pulpos se arrastraban entre las rocas húmedas, buscando refugio y escape de los pescadores ocasionales, y las estrellas de mar se retorcían, encogiéndose, bajo el ala de sombra de un sol devorado. Mi tío Plinio quiso acercarse también, incluso declaró su interés de aproximarse a Pompeya, a los pies de la montaña, a tomar unas notas de aquel fenómeno para su última y ambi-

ciosa obra: *La Historia natural*. Cuando creí que lo había disuadido de no hacerlo, a regañadientes, pues siempre fue un hombre valeroso y dotado de una enorme curiosidad —dijo el joven Plinio emocionado al evocar la figura de su tío—, y comenzábamos a habituarnos a este nuevo prodigio, el mar volvió a su lugar, feroz e implacable, con olas enormes y despiadadas, arrastrando a hombres, mujeres y niños, y todas las criaturas desnudas del lecho del mar, contra los muros de Pompeya y Miseno, e incluso adentrándose en los muelles, y las calles aledañas al puerto. El viento cambiaba bruscamente en una dirección o en otra, o en varias y contradictorias a la vez, poniendo en peligro a los pescadores que habían sido sorprendidos en sus labores.

—Sólo el propio dios Neptuno podría haber hecho algo así —rezongó la abuela Marcia, convencida de la continua injerencia con premios y castigos de los inmortales.

—No comprendo la crueldad de los dioses del mar o de la tierra contra los indefensos hombres —respondió Plinio, herido por la memoria, aunque no quisiera replicar desabridamente a la abuela a la que quería más que respetaba, que era mucho, como todos los que la conocíamos—. Aunque quizá, los dioses sólo nos velaban la mirada para evitarnos la envergadura del horror que nos causaron...

—Más de una vez he visto esa ceguera en mis semejantes —asertó Trajano—. Incluso cuando sus ojos parecían no tener ninguna enfermedad o herida, sus hechos los conducían a la perdición más inconcebible. Lo he visto en esclavos y Emperadores, en sabios notables, y en necios, en patricios, en gente de la plebe y bárbaros —aquello que dijo mi tío me produjo un cierto escalofrío, sin saber por qué, sin apenas comprenderlo en aquel momento en el que yo no tenía ni diez años, asumí que la violencia de las pasiones humanas eran una forma de perdernos en sus más inextricables vericuetos.

Con el tiempo, creo que sentí la cuchillada de aquella expresión al darme cuenta del horror al que mi ceguera, la pulsión enceguecedora a la que nos impulsa el odio, me había conducido. Una ceguera animal que me arrastró, como dicen que hacen las Furias a los que cobran con sufrimiento los crímenes más innombrables, arrastrándolos del cabello hasta las profun-

didades del infierno. El relato de nuestro amigo Plinio se parecía bastante a esa furia desatada, inmortal o no, a una forma de infierno desencadenado en la tierra.

—Durante muchas horas la oscuridad y la ceniza se hizo con todo, mientras las mareas parecían seguir enloquecidas con periodos de calma, rotos, súbitamente, por bajamares desproporcionadas, y acometidas del mismo mar contra las playas, los muelles y los muros. Comenzó a llover sobre Pompeya piedra y ceniza, una ceniza densa que desdibujaba sus perfiles majestuosos y los ennegrecía, y una piedra extraña, que flotaba en el agua de las orillas y parecía no tener peso alguno, como la que usábamos en los baños para frotar las durezas de los pies y las manos, aunque lo ocupaba todo, bloqueando puertas y ventanas. También la ceniza llegó a Miseno, con tal constancia que empezó a depositarse en las calles a más de cinco cuartas, y continuó así, comenzando a obstaculizar puertas, ventanas, y a amenazar con hundir los tejados de las casas con su peso, liviano en cada una, aplastante en la suma de la gran cantidad en la que caían.

—¿Y qué hicisteis entonces? —le pregunté yo más curiosa y fascinada que con temor...

—Mi tío decidió organizar a la población en los barcos de su flota para ponerlos a salvo, y a nosotros con ellos, cuando vio cómo no sólo no cedía la noche en el día y la lluvia de ceniza, sino que arreciaba amenazadora. El lugar más seguro parecía la ciudad costera de Cumas, donde la famosa Sibila y su oráculo, un poco más al norte, en el que parecía que los dioses habían puesto su mano protectora. Era entrada la tarde cuando todo estaba dispuesto, y llegó un mensajero desde Pompeya, enviado por una vieja amiga de mi tío y nuestra familia, pidiéndole auxilio ante el desorden que el terror había producido en la ciudad, lo complicado de su salida, y la falta de fuerzas para acometer la evacuación de sus familiares y sirvientes de la casa. Además de responder con honor a las peticiones de la amistad, supe, lo leí en sus ojos, que mi tío había encontrado en aquella misiva la excusa perfecta para acercarse a Pompeya, y al prodigio que tanto le seducía contemplar de cerca. Si hubiera podido, se habría encaramado hasta el mismo filo humeante del volcán. Nos dejó embarcados a mi madre y a mí, con el resto de la población de Miseno, y envió los barcos bordeando

la costa, fuera de la bahía, donde creyó que estaríamos a salvo, a pesar de lo desabrido y sin concierto de las mareas, mientras que él se dirigió en una sola nave hacia la condenada ciudad del otro lado de la costa. Tuve la sensación de que no volvería a verlo. No preguntéis por qué, porque soy hombre de razones y no de presentimientos, pero a veces aquello animal e instintivo que pervive en nosotros es más locuaz y clarividente que nuestros propios ojos. Quise apretarlo contra mi pecho, como un hijo a su buen padre, suplicándole que no me dejara, pero no me atreví por las convicciones de mi educación y la suya —dijo Plinio con los ojos nublados, igual que la ceniza de la que nos había hablado sobre los tejados y las calles de la ciudad.

—Los hombres han de cumplir con sus obligaciones y honor —dijo mi tío Trajano con rigurosa convicción.

—Y las mujeres sufrimos esas obligaciones honrosas con resignada asunción, desde que los hombres son hombres y las mujeres, mujeres. Como se lleva una condena impuesta, no se sabe por quién, desde el principio de los tiempos, que nos ha de marcar como huérfanas, viudas, o sufrientes esposas y madres —añadió la abuela Marcia con la misma rigurosidad convenida, y un tono que me pareció casi desafiante al mandato patriarcal que ella respetaba, o eso parecía.

—Mi tío no llegó a desembarcar en Pompeya —continuó Plinio, como si ya no oyera a nadie más que a sus recuerdos—. El mar se revolvió aún más, ayudado, por añadidura, de una especie de densa niebla que lo envolvió todo, como si la gigantesca nube hubiese tomado también posesión de la superficie del mar y el suelo, haciéndose casi irrespirable, y dificultando la visibilidad hacia el puerto pompeyano. Uno de los jóvenes esclavos que acompañaban a mi tío, uno de los pocos supervivientes, nos contó luego que decidieron cambiar el rumbo hacia el puerto de Estabia, en la Bahía de Nápoles, más allá de Herculano y Pompeya y, no sin enorme dificultad por la ferocidad de las aguas y los vientos, llegaron al embarcadero de la población. Como arreciaban las lluvias de piedras y cenizas, se refugiaron en la casa de su amigo Pomponiano, que no pudo partir en su embarcación ya cargada con enseres y los suyos, por la adversidad de los mismos vientos contrarios que ayudaron a Plinio el viejo a llegar hasta él en Estabia.

—Deja el relato en este punto si te causa sufrimiento, buen amigo —le dijo al joven Plinio mi tío Trajano, que había sido nombrado Emperador ese mismo año en el que me contaron por vez primera aquella historia, reconfortándolo con el contacto de su mano, fuerte, sobre su hombro—. No es necesario que llegues hasta el final de lo que todos conocemos ya.

—Gracias, querido Trajano —le respondió—. Pero tu sobrina nieta, Sabina, es el futuro, y quiero que el futuro conozca el pasado por quienes lo sufrieron —dijo con suavidad mientras me miraba, y yo asentía, sin saber muy bien por qué, a menos que la naturaleza saturnal, seria y segura de mí misma que me achacaba mi madre, se manifestara desde muy niña.

—¿Qué pasó después, tío Plinio? —recuerdo que le dije mientras le cogía su mano, cosa que le llegó al corazón, humedeciendo sus ojos y quebrando su voz herida de emociones contradictorias.

—Después llegó la noche, querida niña —contestó tratando de sobreponerse a sus sentimientos—. Llegó la noche verdadera sobre la falsa y luctuosa noche de muerte que se abalanzó sobre nosotros en el día. Mi tío pasó la velada en casa de Pomponiano, en Estabia, mientras seguían los temblores de tierra y las lluvias cenicientas y pétreas sobre nosotros, en espera de que la mañana trajese luz y mareas favorables. No fue así. Yo pasé también la noche en vela, desde las posiciones más alejadas pero aún cercanas a las que arribamos en Cumas. De vez en cuando venían diluidos en el aire fétidos olores sulfurosos o acres, como los de las minas, aunque yo creía que los muertos estaban sobrevolando nuestros pálpitos para llevar nuestro aliento en el suyo pútrido. Pensé que el dios Plutón, rey de los infiernos, se había rebelado contra sus hermanos y desencadenaba el mal y el reino de los muertos entre los vivos. El alba no trajo claridad, sino más temor. Se veían a lo lejos, en el litoral, luces pequeñas, como de luciérnagas desconcertadas, de los hombres y mujeres que huían o lo intentaban por la costa. No supe hasta días después que uno de ellos era mi propio tío. Más por el cálculo del tiempo que por los dedos de la Aurora, mi pariente Plinio, Pomponio y sus familiares y sirvientes, trataron de acercarse a los barcos con lucernas para poder vislumbrar algo en aquella oscuridad. De pronto, una nueva explosión ro-

jiza y oscura sucedió en lo alto de la montaña. Una marea de fuego líquido descendió por su ladera hasta Herculano, Pompeya y el mar, haciéndolo hervir y casi gritar con un silbido de vapor abrasador, mientras en otras oleadas se expandían unas nubes verdosas, azules y amarillas, a cuyo paso, iban cayendo muertas todas las criaturas vivas, hombres y animales, entre estertores y falta de aire, como los peces que habíamos visto agonizar en el lecho del mar con su retirada —guardó silencio por un instante, mientras mi abuela me sentaba en su regazo y mi tío Trajano ponía sus dos manos sobre los hombros de Plinio.

—Todos los que quedaban en Pompeya y Herculano murieron en aquella oleada de fuego líquido. Otros, sucumbieron ante la verdiamarillenta nube, impulsada como avanzadilla de las oleadas de vientos incandescentes y olas de metal derretido como las de la entraña de una fragua letal. Algunos sobrevivieron en Estabia y Miseno a este soplo emponzoñado, aunque los más ancianos, los enfermos, o los que sufrían alguna dolencia de corazón o respiratoria, se desplomaron fulminados en este aleteo de la muerte.

54

—¿Que pasó con tu tío, Plinio? —le pregunté con la ingenuidad y la osadía de la niña de casi diez años que era entonces.

—El esclavo que pudo salvar la vida nos contó que vieron la marea de fuego, y sus heraldos de muerte como espíritus del aire, endemoniados, y su amo, mi querido tío Plinio, cayó; se desplomó sobre uno de los lienzos que se habían colocado a cubierto, en la playa, para protegerse de la lluvia de piedras, mientras embarcaban.

—El viejo Plinio había padecido desde niño de la garganta y, a menudo, le costaba respirar si no era con la ayuda de medicamentos y cataplasmas. La brisa del mar le ayudaba a convivir mejor con esta dolencia —me dijo la abuela casi al oído, mientras acariciaba mis largos cabellos dorados, con el conocimiento de aquellas personas de una larga vida, como parte de la familia elegida por amistad y afecto.

—Nuestro sirviente nos dijo que incluso para él, joven y saludable, respirar era un doloroso esfuerzo casi insoportable. Era como inhalar fuego y veneno a la vez, nos aseguró, y que él se alejó, corriendo, después de ver caer y quedar inmóvil, con

los ojos abiertos, a su amo y a otro esclavo, amigo suyo, que trataba de sostener al venerable Plinio, y que acabó perdiendo el sentido, creyendo que con él, no muy lejos de la playa, perdía la vida.

—Dos días más tarde, cuando todo se apaciguó un poco después de tanta devastación, se organizaron grupos de legionarios y voluntarios no militares, de entre los supervivientes y pueblos de los alrededores, de búsqueda —aseguró mi tío Trajano—. Uno encontró al viejo Plinio, inmóvil, venerable por su edad y nobleza de espíritu, tranquilo en la arena de la playa, sobre el lienzo, como si estuviese recostado para el sueño de una larga siesta de la que ya no se levantaría.

—El sueño eterno —susurró la abuela.

—Pompeya y Herculano desaparecieron de la faz de la tierra como si nunca hubieran existido —continuó mi tío Trajano—. Sepultadas bajo un humeante manto de rescoldos y cenizas igual que los que quedan tras la cremación de los difuntos. El mismo olor. El mismo silencio. Nadie, ni los soldados más aguerridos se atrevían a acercarse ante tan monstruoso prodigio que unos achacaban a la cólera del dios Vulcano y, otros, a las demandas de vidas del infernal Plutón. Estabia quedó dañada, así como Miseno, aunque en menor medida. Cumas, en donde se refugiaron el joven Plinio y su madre, que sólo padeció algunos temblores, la demencia de las mareas, y parte de las bocanadas fétidas y de cenizas que arrastraron los vientos desde el Vesubio, resultó ilesa. Más de veinte mil vidas fueron devoradas por aquel desastre sobrenatural, como si nunca hubiesen nacido, ni formado parte de nosotros. Pero sí los recordábamos, con sus rasgos y gestos, como una dolorosa herida invisible que no terminaba de desaparecer nunca.

—Mi tío, antes de partir a su final, aseguraba que no era la mano de los dioses sino la de la naturaleza la que originaba aquello —apostilló Plinio—. Yo, sin ser un hombre tan sabio, no estoy tan seguro de ello...

—Yo creo que tu duda es más sabia que la certeza de tu buen tío, que le ocasionó la muerte —farfulló la abuela afirmando en sus propias creencias con aquella exclamación—. Aunque no seré yo la que deshonoré las afirmaciones de un di-

funto, que en su día fue leal y benevolente —se apresuró a decir, como arrepentida de contrariar en esas fechas a un difunto que pudiese venir a afearle el gesto.

—Por eso, a pesar del dolor, sigo rememorándolo y entregándoos a los más jóvenes este relato que yo he vivido —sentenció muy serio, y casi imperturbable, Plinio...